DONOSTIAKO UDAL LIBURUTEGIA - BIBLIOTECA MUNICIPAL DE SAN SEBASTIAN

La Voz de Guipúzcoa

Sábado 20 de Agosto de 1921 — Diario Republicano — Año XXXVII.= San Sebastián.=Núm. 12.747

LA VERDAD DE LA GUERRA

¡HEMOS SENTIDO UN HORRIBLE MIEDO!

CRÓNICA DE NUESTRO ENVIADO

Ya están cercadas nuestras tropas en Monte Arruit, en Zeluán y en Nador y se encuentran absolutamente incomunicadas con Melilla.

Desde Monte Arruit se envían, por medio del heliógrafo, pues han sido inutilizados todos los aparatos de telegrafía sin hilos, despachos de demanda de socorros.

Se hallan concentrados en Monte Arruit todas las fuerzas que el general Navarro logró recoger en su retirada y que pudieron salvarse de la persecución encarnizada de los moros. En total, unos 1.200 hombres.

Al día siguiente perdieron la aguada, pues los moros se apoderaron del sitio donde estaba el pozo o manantial y concentraron todos sus esfuerzos para evitar que nuestras tropas la recuperaran.

No había material sanitario, ni había alimentos en cantidad suficiente para los soldados, ni aun para los enfermos...

Lo mismo ocurría, aunque no tan extremadamente, en Zeluán y en Nador.

Y entonces, cuando llegaron de Madrid dos aeroplanos, se pensó en el aprovisionamiento de las posiciones, arrojando los alimentos y las municiones desde los aparatos.

Desde Monte Arruit reclamaban con más urgencia municiones, para poder efectuar la aguada, tiroteando a los moros.

Una mañana, el comandante Téllez de Sotomayor y yo llegamos a los terrenos cerca del Hipódromo, convertidos en campo de aviación. Los capitanes Fernández Mulero y Manzaneque se disponían a efectuar un vuelo sobre Monte Arruit.

Téllez de Sotomayor le dice a Manzaneque:

—¿Por qué no haceis la prueba de ver cómo llegan las municiones a Monte Arruit arrojando un saquito en este campo?

La idea pareció admirable, y se eleva el aeroplano. A una altura de 300 metros sueltan el paquete, que, al caer, parece un pájaro herido. Acudimos a recogerlo, y las municiones estaban dobladas, destrozadas, absolutamente inservibles.

En vista de ello, al día siguiente empezaron a arrojarse con paracaídas.

Fernández Mulero nos dice por la noche, sentados en el café de la Peña:

—Es un espectáculo desconsolador. Desde Monte Arruit nos hacen señas angustiosas, pidiendo municiones. En Nador se ven las llamas de las edificaciones de fuera de las alambradas. Te aseguro que da angustia el ver a nuestros soldados esperando lo que no puede llegar.

Nosotros, acuciados por nuestro interés periodístico, abusamos de la añeja amistad que nos une al capitán Fernández Mulero, demandando detalles e impresiones.

Nos atrevemos a decirle:

—¿Quieres llevarme en uno de tus vuelos?

—No es posible —me contesta—. Está ordenado que vuele un piloto y un observador y los aparatos no tienen cabida para más pasajeros.

—¿Por qué han de ir necesariamente juntos un piloto y un observador?

—Tienen que ir juntos y que, además, el observador sea piloto, para si ocurriera el desagradable caso de que una bala hiriera al piloto, pudiera hacerse cargo de la dirección del aparato el observador.

Nos convenció la negativa de nuestro amigo; pero en nuestro ánimo quedó gravada la idea de volar sobre Monte Arruit.

—No es posible —nos dicen en todas partes.

Pero nuestra tenacidad nos lleva a molestar a todo el mundo. A Berenguer, a Cavalcanti, a Sanjurjo, a Cavanellas, a cuantos generales conocemos o hemos sido recomendados.

Y a los dos días, el teniente coronel Muga —hermano del capitán de la Guardia civil de Tolosa, que desempeña un cargo de confianza en el Estado Mayor del general Berenguer— nos dice:

—Mañana podrá usted satisfacer su deseo. Preséntese al capitán Manzaneque o a Fernández Mulero, y le llevarán, si es posible, en uno de sus vuelos.

Se nos hizo la noche eterna. Ibamos a ser testigos de la tragedia de Monte Arruit, que conmovía a toda España y que tenía los ánimos del país en una terrible tensión.

A primera hora marchamos al campo de aviación.

Fernández Mulero estaba allí con su uniforme viejo y destrozado.

—¡Pareces, por lo andrajoso, un legionario! —le decimos.

—Te has empeñado en venir. Te aseguro que es una locura volar por capricho. Hay un peligro enorme. Tenemos que llevar hielo. Tienes que arrojarlo tú. Cuando yo te señale, lo dejas caer rápidamente. No podemos perder el viaje.

Yo voy con mi uniforme de lancero de Farnesio. Me hace dejar el salacof que me había entregado solícitamente el comandante Beigbedor y me da un casquete que tapa los oídos y libra la vista del daño del viento.

Sube al asiento del motor, y yo lo hago en el del observador. Es un cajón pequeño e incómodo en el cual sólo uno cabe. No obstante, me embuten allí unos trozos de diez kilos de hielo y unos paquetes con medicamentos.

—Arroja —me dice— primeramente el hielo. Es lo que necesitan más.

El motor empieza a funcionar.

—¿Llevas la pistola? —me pregunta Mulero.

—Sí —le contesto—; ¿para qué?

—No ocurrirá nada. Pero si caemos en campo enemigo, pégate un tiro.

Creí que era una broma. Pero Fernández Mulero hablaba absolutamente en serio. Y entonces, también completamente en serio, empezó el momento de angustia y de miedo.

Solemnemente se elevó el aeroplano. Era un vuelo suave y ascendente, en que no había la menor inquietud. Y, sin embargo, yo me imaginaba ya al aparato dando unas vueltas fantásticas para caer en un grupo de moros.

Habíamos ascendido unos cuatrocientos metros y seguíamos subiendo. Con los prismáticos, mirábamos ansiosamente abajo de nosotros.

El Gurugú estaba a nuestros pies. A lo lejos y a la izquierda, el mar, donde se balanceaban unos barcos que nos parecían lanchitas de pesca. Melilla quedaba muy atrás, con sus casas blancas, que destacaban en la gris nota de color de Africa.

La segunda caseta, destruída por el fuego; el Atalayón después... Y grupos de moros por todas partes.

Ví cómo algunos echábanse los fusiles al hombro y apuntaban hacia nosotros. No era posible saber si disparaban, porque el ruido del motor impedía que se escuchara la detonación y el humo del fusil no llega a distinguirse desde la altura, y menos aún con el polvo que en todas partes se levantaba.

Apareció enseguida Nador, todo chiquito. Una bandera roja era la petición de auxilio que hacían nuestros soldados. Poco después, Zeluán, en una altura, que tenía también la angustiosa bandera roja. Alrededor de Zeluán no se veía ni un solo moro; pero en los aduares de las cabilas se les veía en grupos, que acechaban el momento de ir al combate.

Llegamos sobre Nador. El aeroplano se había elevado considerablemente y aumentado su velocidad.

Fernández Mulero levantó la mano, que era la señal convenida para que me preparara a arrojar el hielo y los medicamentos.

Yo veía perfectamente a los soldados españoles. Al sentir el ruido del motor del aeroplano, miraban al cielo. El *pájaro bobo*, como llaman los moros a los aeroplanos, era la esperanza de los sitiados. Esperaban municiones, hielo, medicamentos. Y veían caer los paquetes. Algunos llegaban a ellos, pero otros iban fuera de la posición. Nosotros sentimos una angustia infinita al imaginar la horrible tortura de los soldados al ver caer fuera de ellos los paquetes, que eran la vida...

Los moros estaban abajo, muy cerca de la posición. Un grupo más numeroso rodeaba un lugar que rebrillaba al rielar en el sol. ¡Era el agua! Lo que nuestras tropas necesitaban. Lo que los moros defendían codiciosamente para obligarnos a la rendición.

Hacía frío. Mejor dicho, yo me figuro que hacía frío, pues temblaba y me castañeaban los dientes. Pero ahora dudo un poco. Aquel temblor, ¿no sería el horrible miedo que sentía? Porque yo me imaginaba el motor parado, una bala que diera a Fernández Mulero. Era un miedo insuperable, espantoso. Yo no me acordaba de que una de las balas de los moros pudiera alcanzarme a mí. El terror era a caer el aparato y a que los moros se apoderaran de nosotros.

Pero ya Fernández Mulero me había hecho la seña de arrojar el hielo. Y tiré el primer trozo. Seguí ansiosamente su caída. Ví perfectamente que cayó dentro de la

¡SEÑORAS!

PIELES DE OCASION

Renards desde 30 a 600 pesetas. Especialidad en echarpes de Skung. Visitad el domingo la exposición en «LOS ENCAJEROS», CHURRUCA, núm. 10

Todos los sábados

hasta las seis de la tarde, estará abierta al público la casa de Cambio de GUILARTE, Hernani, 14.

Nueva Plaza de Toros de San Sebastián

Despierta gran interés y hay verdadera expectación por presenciar la corrida del próximo domingo 21 de Agosto. En ella alternarán solos y POR PRIMERA VEZ en las plazas de España, los jóvenes y aplaudidos diestros

Manuel Jiménez (Chicuelo) y Manuel Granero

que lidiarán SEIS preciosos toros del Excmo. señor marqués de Villamarta, procedentes del cruce de su ganadería con la muy renombrada de Parladé.

Soler y Torra H.nos

Banqueros

AVENIDA DE LA LIBERTAD, 20

— Teléfono 23-55 —

VALORES, CUPONES, GIROS, CAMBIOS

Compramos toda clase de oro y tenemos existencia de billetes extranjeros

AGUA DE INSALUS

LA MEJOR AGUA DE MESA BICARBONATADA QUE AYUDA Á LA DIGESTIÓN